

Carne frita con arroz y tajadas (o la última comida de un condenado a muerte)

ANDREA SALGADO

Mención por calidad del testimonio autobiográfico, Premio Nacional de Crónica Ciudad de Bogotá 2010.

Nací cuando mis hermanos ya eran adultos, de tal manera que me convertí en la niña consentida de la casa y era tal el apego de mi madre hacia mí, que fui yo misma quien tuve que suplicarle a los cinco años que ya era hora de que me enviara a la escuela.

Partí llevando una lonchera de metal de Fresita: yogur y un sánduche de jamón, queso y mermelada, hecho en una de esas sandwicheras de hierro que se ponen directamente sobre el fuego. Fue un día extraño. Casi todos los niños de primero de primaria tenían siete años, así que me sacaban una cabeza en estatura. Yo era un parche pequeñito y de otro material, y todo por culpa de mi madre. Semanas atrás, cuando me alistaba para iniciar mi vida académica, fui con ella a comprar el uniforme. Al llegar al almacén, se escandalizó por la pobre calidad de la tela y la confección, así que compró una del mismo azul pero mucho más fina y le pidió a su prima, la costurera más prestigiosa de Sevilla, Valle, que lo hiciera a mi medida.

Por si fuera poco, en vez de los zapatos marca Grulla tenía yo las últimas zapatillas Reebok negras, enviadas desde Nueva York por mi tía. “Es un desperdicio, hija, comprar un par de zapatos negros adicionales, además mire qué toscos se ven esos zapatos, le salen ampollas, mejor póngase los que mandó Nidia”, había dicho mamá.

La mía era una escuela pública, y mientras todos se veían normales con su uniformes

y sus zapatos marca Grulla, ahí estaba yo, el bicho raro con jardinera de prenses perfectos, dos trenzas largas y negras coronadas con cintas azules y mis zapatos de *Volver al futuro*.

Me senté en la primera fila para no sentir la mirada de nadie y al descanso salí al patio sola con mi lonchera. Rosario, una niña con el pelo corto como un niño, salió detrás de mí y sin decir nada se sentó conmigo en el patio. Las dos sacamos los contenidos de nuestras loncheras. Ella traía arroz, carne frita y aguapanela, y yo con mi sandwichito y ese yogur tan fuera de lugar como yo misma.

Con el paso del tiempo nos volvimos amigas e intercambiábamos la comida. Moría por la lonchera de Rosario.

Hace un par de años, en una de mis visitas al pueblo, paramos con unos amigos en un puesto de arepas.

“¿Andrea?”, me dijo una señora acuerpada y de pelo corto como un hombre. “Soy yo, Rosario, ¿se acuerda de mí?”.

“Hola, cómo está, ¿este es su negocio?, tanto tiempo, claro, claro que me acuerdo”. Contesté una sarta de estupideces, roja hasta el pelo. Ahí estaba Rosario de nuevo con el uniforme de verdad y yo pequeñita, con mis telas finas y mis tenis extranjeros.

Si estuviera condenada a muerte pediría de última comida una carne frita encebollada con arroz blanco, tajadas maduras, tomate pintón en rodajas, una arepa blanca y un vaso de aguapanela fría con limón.